

Infancias, escritura y mediación de lectura

entrevista con

Irene Vasco

//Revista Espejo

Nos vimos, como estaba previsto, a las nueve de la mañana. El encuentro tuvo lugar por video llamada, vía WhatsApp. Irene Vasco nos atendió desde la comodidad de su casa y, con celular en mano, lo primero que hizo después de un saludo afectuoso fue mostrarnos el paisaje que la rodeaba como una pintura viviente: no tan lejos, a través de los ventanales, podía verse el mar azul de Tolú (Sucre), donde vive actualmente y trabaja inspirada en los colores del atardecer y las palmeras que se inclinan ante el majestuoso Golfo de Morrosquillo.

No es sencillo definir el camino que tomará una entrevista cuando se está ante una escritora con la experiencia y la calidad humana de Irene Vasco. Además de su amplia trayectoria como escritora de literatura infantil y promotora de lectura, ha traducido al español a escritoras como Lygia Bojunga y Ana María Machado. Sus aportes a la literatura infantil colombiana y a la formación de lectores han sido invaluable. Por tanto, decidimos orientar esta entrevista al terreno de las infancias y la mediación de lectura.

Para empezar a hablar sobre las infancias, Irene, queremos conocer la tuya. ¿Cómo fue tu infancia y en qué espacios, públicos y privados, trascurrieron los primeros años de tu vida?



Bueno, ustedes quieren que hable de la prehistoria (ríe). A mi casa le agradezco mucho porque tenía una abuela antioqueña que me enseñaba trabalenguas y canciones. Una mamá brasilera cantante que hacía música para niños en televisión y radio. Y un papá abogado involucrado en el medio artístico. Con mi mamá y mi papá viajábamos mucho por Colombia por diferentes medios de transporte: en bus, en ferri o en carro. Recuerdo mucho que veníamos del interior a Tolú y pasábamos por Cartagena; en ese trayecto mi papá contaba muchas historias sobre el territorio. Las historias que contaba de Tolú eran muy macondianas. Fue una infancia muy alimentada de arte, de libros, desde muy niña fui lectora ávida. Sigo siéndolo.

¿Y cómo fueron los adultos que rodearon tu infancia?

En mi infancia hubo muchos personajes que rodearon mi casa y mi vida: Fanny Buitrago participaba en el programa que conducía mi mamá; Leonor González, la Negra grande de Colombia, era amiga de la familia y creció como artista en mi casa; Manuel Zapata Olivella fue mi profesor de tambor, pero nunca pude aprender. Creo que él era muy mal profesor o yo demasiado mala alumna. Mi mamá me llevaba al conservatorio, pero siempre tuve un oído muy malo para la música.

Jorge Gaitán Durán y mi papá fueron grandes amigos en París, como estu-

diantes; vivían en el mismo apartamento y luego se casaron con mi mamá y mi tía. Gaitán Durán fue mi tío político. Siempre recuerdo a toda la gente del grupo Mito. Todos ellos fueron clave para mi formación literaria y artística.

¿Cómo construyes tus personajes infantiles y adultos? ¿Qué tipo de características y de relaciones entablas entre ellos?

Mis personajes no los construyo de una determinada manera. Los personajes tienen que ir actuando con vida propia. No es que yo los construya, la vida les va diciendo como actuar. La historia simplemente comienza a fluir y con ella el personaje. La literatura lo que hace es copiar a la vida. Yo no me detengo a pensar de manera estructurada que un personaje deba tener tales y tales características, porque el lector se da cuenta que es algo muy artificial y deja de interesarle.

Y, por otra parte, en tu labor como mediadora de lectura, ¿cómo piensas al lector infantil?

Yo no actúo desde ese tipo de premisas. Cuando trabajo con grupos hay una sintonía, es una conversación natural. Si es un niño de tres años me dirijo a él como si me va a entender, lo mismo si tiene siete o doce. Si es un grupo grande, como una biblioteca, pienso en cómo atrapar la atención de un grupo tan diverso y me comunico lo mejor que pueda, pero no desde una premisa preparada. Es algo muy intuitivo. En caso de que haya adultos y niños, tengo que ver cómo interesarlos a todos sin perder a mi público.

Cuando he tenido que trabajar con comunidades indígenas he encontrado la manera de conectarme con ellos sin haberlo preparado nunca, por pura intuición y capacidad de comunicación humana a través de juegos de palabras.

En distintas ocasiones hemos escuchado algunas anécdotas de cómo han surgido las ideas de varios de tus libros, por ejemplo, en *Letras al carbón*, la historia nace de tu cercanía como mediadora con las poblaciones rurales. También sabemos de la existencia de tu cuaderno o diario de notas en el que recoges historias que escuchas o que presencias y que luego llevas a la escritura. Sabemos que este ejercicio es una herramienta que usan muchos escritores y escritoras. Pero en tu caso, Irene, ¿cómo incide en la construcción de tus historias y de tus personajes infantiles esa posibilidad de ver y conocer los distintos entornos en donde viven y se desarrollan estas infancias?



Yo voy tomando nota. No quiere decir que cada anotación se convierta en una historia o en un libro. Más bien cuando voy a escribir y estoy perdida miro mis notas y avanzo en mis libros. En mis viajes he conocido historias tan duras, tan fuertes. Recuerdo mi paso por el Urabá, en donde escuché historias sobre masacres. Esas me marcaron mucho, me enfermaron físicamente. En San José de Apartadó nació *Mambrú perdió la guerra*; no es que sea una historia en particular, pero si es producto de todo lo que escuché, del dolor que yo sentí.

Desde tu trabajo como mediadora de lectura, que ha sido amplio y por distintos territorios de Colombia, y a sabiendas que no todos los escritores tienen la posibilidad de interactuar con sus lectores, ¿cómo percibes la devolución de tus historias en estos lectores infantiles desde los distintos contextos de los que proceden?

A donde quiera que he llegado, los libros siempre son recibidos con avidez por los niños; niños que seguramente nunca tuvieron un libro en sus manos. Hace unos años estuve con los indígenas de la comunidad Nukak, tenía que entregar una caja de libros. No nos entendíamos, no había intérprete. Lo primero que hice fue ponerlo en las manos de los niños, ver qué pasaba –niños y adultos porque la comunidad son todos–. Tengo fotos de niños muy chiquitos maravillados mostrándose el libro el uno al otro; hay una en particular de cuando fui a la comunidad de La Hormiga (Putumayo), bien adentro en la selva. La foto es linda porque uno de los niños tiene el libro al revés. No sabían leer, solo estaban mirando los dibujos, los libros álbumes llaman mucho la atención por las imágenes.

Generalmente, los líderes de las comunidades, las figuras de autoridad o los gobernadores no se acercan mucho a los talleres, se mantienen a parte, muy reservados. Entonces yo sé que el taller funcionó cuando se acercan y piden intervenir o me dicen algo a través de un intérprete. En el taller en La Hormiga, por ejemplo, uno de ellos me pidió que le regalara un libro, –para ver si me ponen atención como a usted–, dijo. En los Nukak, recuerdo que me comuniqué con un señor

muy viejito cantando *Chumba la cachumba*, porque no teníamos ningún otro lenguaje en común. De repente el señor comenzó a cantar. Entonces descubrí que podía jugar y comunicarme con rimas. Esto fue en el Guaviare, como a media hora de San José, en una pequeña reserva de la comunidad Nukak. A propósito, se están extinguiendo, desapareciendo, su situación es extrema.

¿Cómo se articulan tu papel de escritora con el de mediadora? ¿Cuál es tu rol en la formación de lectores?

Me apasiona ser promotora de lectura, realmente lo único que resiento de mi trabajo es que todo es corto, rápido, sin profundidad. Cuando trabajo con comunidades solo voy un momento, desaparezco y no sé qué pasa con lo que hice. En lo único que tengo continuidad es con el trabajo que hago en la Biblioteca La Alegría (Tolú, Sucre). Siento que mi labor es la de echar mensajitos en botellas al mar y ver quien me recibe.

Como ya han pasado tantos años, treinta años desde que publiqué mi primer libro y he recorrido tantas escuelas y tantas comunidades de diversos territorios, a veces me pasa que voy a un barrio o a una biblioteca y algún adulto me dice “yo estuve en un taller tuyo de niño” o “empecé leyendo un libro tuyo, ahora estoy aquí acompañando a mi hijo”. Es algo gratificante. Eso nos ocurre a los viejos que ya podemos recoger estas cosas.

Para finalizar, Irene, desde tu experiencia como escritora y como mediadora de lectura, ¿qué le dirías a las personas que quieran iniciarse en el campo de la escritura infantil o de la mediación de lectura sobre cómo evitar caer en una representación estereotipada de la infancia? En la medida en que pienses si existen o no este tipo de representaciones.

Yo no hago nada con formalismos, acepto los desafíos, a veces es difícil e invento sobre la marcha. No tengo recetas. El mediador debe conocer muy bien las lecturas que propone. Uno no contagia lo que no tiene. Después de eso el mediador lo que tiene que usar es su humanidad.

La teoría está bien conocerla, pero esa teoría es algo que no va a aparecer cuando estoy trabajando con la gente. Uno tiene que conectarse de manera muy natural y encontrar herramientas para lograr comunicarse o no funciona. Cuando se trabaja como promotor de lectura desde esos postulados teóricos, sin que haya un entendimiento de lo demás, se acaba la conexión con las personas. Yo recomiendo mucho que la tradición oral esté siempre presente en la mediación de lectura, que la gente tenga la posibilidad de contar sus historias, sobre todo los adultos que suelen acompañar a los niños. A veces algunos de ellos se sienten disminuidos porque no son lectores o no saben leer, pero hay que dignificarlos permitiendo su participación a través de la gran sabiduría oral que poseen y que es tan importante como la palabra escrita. Es una conexión humana en todos los sentidos, es la comunicación misma.

Por último, un mediador no puede llegar a una comunidad como un doctor sino como una persona que va a hablar y a escuchar, o no podrá conectar con la gente. Es importante mantener la conexión con el público. Yo, por mi parte, suelo hacerme una pequeña autoevaluación en cada oportunidad pensando en cuanto tiempo logré atrapar la atención de la gente. **E**

